

# MALINCHE, IXTLILXÓCHITL Y CHICOMECÁTL



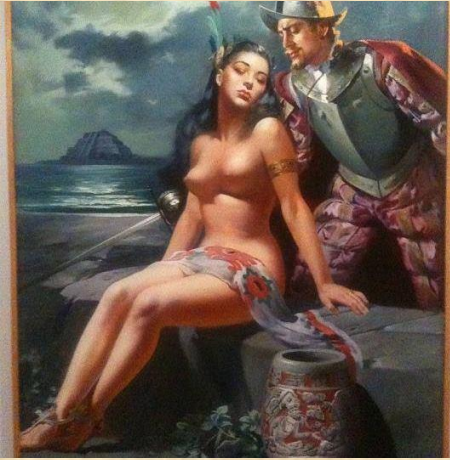
Guillermo Marín.



La historia de la invasión al Anáhuac, está escrita y reescrita por los vencedores y por los favorecidos de la invasión en estos cinco siglos. Jamás se ha conocido la versión de los invadidos. Cuando mucho, el neomisionero, el Dr. Miguel León Portilla, escribió “La Visión de los Vencidos”, que pretende ser un texto que le da voz a los invadidos, pero que está manipulado por la “visión de los vencedores”.

En pocas palabras, si se pudiera hacer una síntesis de los conceptos más usados para describir la invasión y sus resultados, según la visión de los vencedores es la siguiente: Que la invasión fue un acto civilizador de la cultura Occidental al continente americano, con el cual se incorporó a la vida, cultura e historia “universal”. Que, si bien fue un hecho doloroso y sangriento, tuvo que ser necesario por el bien de los pueblos primitivos y esclavos. Que, los mexicas eran un imperio que controlaba todo México y que eran odiados por ser explotadores de los pueblos indígenas, y que, los españoles actuaron como un “ejército” liberador de la tiranía mexica. Que, la derrota del imperio azteca, por un puñado de valerosos soldados españoles ha sido una de las grandes epopeyas de la historia militar del mundo, porque un puñado de hombres derrotó a un imperio muy poderoso. Que lo que inclinó la balanza en favor de los europeos fue la superioridad de su cultura, su dios, su idioma, su tecnología y su valor. Que, Hernán Cortés es uno de

los más grandes hombres de la historia universal, a la altura de Alejandro el Mago o Julio Cesar, destacando su valor, inteligencia y visión de estadista, para poner al servicio de civilización, grandes extensiones de tierra inaprovechada, que salvó a pueblos salvajes y caníbales de las idolatrías y del dominio del demonio.



Estas, y otras tantas mentiras y bajezas, es lo que se tiene por cierto de la invasión y ocupación de lo que hoy conforma México. El ciudadano común, el que leyó en la escuela los libros de texto de historia de la SEP, el que escuchó y vio durante toda su vida la radio y la televisión comercial, y aún, los que tuvieron estudios de nivel superior, fueron educados en este discurso colonizador. Uno de los primeros

“historiadores criollos” de este país, Lucas Alamán, dos años después de la caída del Virreinato, una noche fue a “rescatar” los restos de Hernán Cortés del templo en dónde estaban depositados, por temor a que la muchedumbre de indígenas fuera, en las fiestas de la Independencia, a querer profanarlos. Pero lo cierto es que, en pleno siglo XXI, en la avenida más importante de la Ciudad de México, actualmente está, desde 1877, un conjunto escultórico para Cristóbal Colón y en Coyoacán, en la misma ciudad, existe un conjunto escultórico a Hernán Cortés. Como se entiende, el Estado Mexicano es una neocolonia con una ideología criolla, en la estructura de pensamiento de la política, la económica, la educativa, la cultural y la religiosa.

Por todo esto, oficialmente en la SEP, el INAH y la UNAM, por citar tres instituciones referentes del Estado mexicano, a la invasión y ocupación española se le llama oficialmente “La Conquista de México”, sin ninguna vergüenza, pudor o dignidad. Porque “conquista” supone un logro, un éxito, un bien. El hombre que conquista amorosamente a una mujer, la conquista del pico de una montaña, la conquista de la Luna, por citar algunos ejemplos comunes. Lo que implica, “de qué lado se ve el hecho histórico”.

Todo este largo antecedente para hablar de los tres personajes que hicieron posible la invasión y ocupación de lo que hoy es México. Los tres personajes, sin los cuales, ni Alejandro el Magno, Napoleón o Hitler, hubieran podido vencer a la Triple Alianza y tomar la Ciudad de México-Tenochtitlán, que es diferente de “la conquista de México”, ya que se hace creer al pueblo que la guerra contra Tenochtitlán es “la conquista”.



El personaje más importante y fundamental fue, sin lugar a dudas Malinche, la mujer que fue entregada a Cortés después de la Batalla de Centla, en la que los invasores vencieron a los mayas-chontales. Malinche fue una joven nacida de familia noble en la cultura nahua, por lo que poseía una elevada educación, además de una inteligencia brillante. Malinche conocía, porque lo había estudiado en el Ilpochcalli

la Toltecáyotl, la historia, filosofía y religión del Anáhuac.

Sabía de la trasgresión que había hecho el Cihuacóatl Tlacaélel mexicana a la milenaria Toltecáyotl tolteca, para crear una nueva ideología materialista, místico, guerrera, conocida como Mexicáyotl, al minimizar la enseñanza de Quetzalcóatl, símbolo de la sabiduría, la educación y la espiritualidad, y en su lugar, elevar a su numen tutelar traído de los desiertos del Norte, llamado Huitzilopochtli, símbolo de la voluntad de poder, el mundo material y la guerra. Conocía de la fractura ideológica religiosa de las élites de la Triple Alianza, que una parte deseaba regresar a la tradición de la Toltecáyotl y Quetzalcóatl, y otra, que quería mantener la nueva ideología en su periodo de expansión.

Malinche para la historia y el pueblo represente la traición. Más nada. La traición no tiene género. “Un malinche o un malinchista”, es quien traiciona a su pueblo o a su cultura. Desgraciadamente, por la ideología de género, se ha querido usar indebidamente a Malinche, como una mujer incomprendida. Totalmente equivocado, no es una cuestión de género, es un asunto de traición. Malinche traicionó y se alió a Cortés y los invasores, sencillamente porque era un ser humano muy ambicioso. En efecto, Malinche fue una persona muy poderosa y rica después de la caída de Tenochtitlán. En su momento, Cortés no tomaba una

decisión sin consultarla. Y Malinche ejecutó misiones políticas fundamentales para favorecer la causa de los invasores a través de intrigas y mentiras entre los aliados y enemigos de la Triple Alianza. Malinche no solo fue la “inteligencia política y militar” de Cortés, sino en el inicio de la Colonia, fue “la traductora cultural” de dos visiones del mundo y la vida. Muchos tlatoanis y representantes de Señoríos, iban a consultarla antes de hablar con Cortés o las autoridades españolas. Un análisis descolonizado y crítico al Lienzo de Tlaxcala, es la prueba fehaciente de lo que aquí se afirma.



Hernán Cortés sin Malinche no hubiera podido hacer absolutamente nada en contra de la Triple Alianza. Se hubiera repetido la historia de derrotas y rechazos que enfrentaron los dos anteriores filibusteros en las expediciones de Francisco Hernández de Córdoba en 1517, y la de Juan de Grijalba en 1518. Fue

Malinche la que le informó que era 1519, el año de la profecía del regreso de Quetzalcóatl, tan temido por parte de la elite de la Triple Alianza por sus trasgresiones. Fue Malinche la que ideó que Cortés era enviado de Quetzalcóatl. La que cabildeó con el Tlatócan de Tlaxcala, para que los dejara pasar Xicoténcatl y los aceptaran como aliado y no como enemigo. Fue Malinche la que sugirió que aceptara Cortés la invitación a Cholula, ya que por milenios era un Tollán dedicado a Quetzalcóatl, y cuando los Venerables Maestros del Calmécac de Cholula se dieron cuenta que Cortés no era el embajador de Quetzalcóatl, fue Malinche la que sugirió la Matanza de Cholula, para que no se supiera la verdad, de modo contrario, la expedición falsaria estaba perdida.

En síntesis, fue Malinche, la eminencia gris atrás de la expedición, tenía todo el complejo conocimiento y la basta información necesaria para crear una guerra civil entre los pueblos nahuas. La mente perversa y traidora de Cortés, así como su desmedida ambición, fue la “otra parte” de la fórmula victoriosa.

El otro gran personaje del drama de la invasión, fue alguien que desde las mismas Cartas de Relación está “borrado” totalmente de la historia oficial. Su abuelo fue Nezahualcóyotl y su padre Nezahualpilli antes de morir, decidió que él lo sucedería en el poder del Señorío de Texcoco, pero Moctezuma II, cabildeó para que tomara el poder su sobrino Cacama, dejándolo desposeído del poder. El Señorío de Texcoco quedó dividido y después de la Matanza de Cholula y rumbo a Tenochtitlán se encontró con Cortés y se le unió en contra de su enemigo el tenochcas Moctezuma.



Desde niño Ixtlilxóchitl mostró poseer un carácter muy fuerte y se rebeló como un brillante estratega militar, tal vez, el mejor de su tiempo en el Altiplano Central. Ixtlilxóchitl se unió a Cortés con trescientos mil guerreros texcocanos, y fue él, y no Cortés, el que comandó y dirigió todas las batallas en contra de los ejércitos nahuas que apoyaron la causa mexicana. La razón es muy sencilla y lógica, Cortés no sabía hablar la lengua náhuatl, no conocía los complejos usos y costumbres militares de los nahuas, pero, además, no era un militar.

Cortés era un aventurero que no tenía experiencia militar, jamás participó en alguna batalla en Europa, además que en aquel tiempo no existían “los ejércitos” modernos, con mandos escalonados, uniformes, armas reglamentarias. Lo que existían eran los “tercios”, integrados por mercenarios de diversos orígenes y lenguas, que viajaban con sus familias y pertenencias, como pequeñas ciudades flotantes que se estacionaban en invierno, por la “inestabilidad” de sus lealtades los reinos solían tener dos o varios tercios para su protección o conflictos.



Como a todos los que participaron en la guerra contra Tenochtitlán, tanto españoles, como aliados anahuacas, Cortés los borró de “su historia” o los minimizó. Su megalomanía, tanto en las Cartas de Relación, como en La Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, que ahora se sabe que la escribió el propio Cortés con el seudónimo de Bernal Díaz del Castillo, personaje que no existió, dado que, de los 550 españoles que desembarcaron en el Anáhuac, solo tres sabían leer y escribir, y uno era Cortés.

Fue Ixtlilxóchitl el estratega y el comandante en jefe de los ejércitos nahuas integrados por texcocanos, tlaxcaltecas y totonacos. Pero la base indiscutible fueron los texcocanos. Como el Tlatócan no dejó que acompañaran los texcocanos a Cortés a Tenochtitlán, Ixtlilxóchitl se quedó del otro lado de la laguna y cuando Cortés ordenó la Matanza del Templo Mayor, después de haber regresado de Veracruz con los 1500 hombres que había enviado el gobernador de Cuba, Diego Velázquez para su captura, fue el genio militar de Ixtlilxóchitl, el que logró rescatar a los españoles del cerco que tenían los mexicas en la casa de Axayácatl. En una acción concertada, en la madrugada Ixtlilxóchitl ordenó el ataque a Tenochtitlán por agua, con miles de canoas y en sentido contrario los

españoles huían por el Canal de los toltecas, en donde fueron alcanzados y donde perdieron el oro, las armas de fuego y más de mil hombres. Esa brillante estrategia Cortés se la niega en sus escritos a Ixtlilxóchitl y los texcocanos.



En síntesis, sin la participación de Ixtlilxóchitl y sus trescientos mil guerreros en la Batalla de Tenochtitlán, en la que, se supone, intervinieron cuatrocientos mil guerreros por bando, Cortés no hubiera podido enfrentar a los poderosos y bien organizados ejércitos nahuas de mexicas y sus aliados. Toda la gloria militar de la invasión es para Cortés, los historiadores hispanistas, incluidos los anahuacas y mestizos, y desde luego los criollos de ahora, se la adjudican al invasor sin el menor recato y sentido común.

Finalmente diremos que fue Chicomecátl, el Señor de Cempoala, el que se ofreció a dotar a los españoles de un nutrido contingente de hombres y mujeres para alimentar a los invasores. Cortés y sus hombres, jamás se preocuparon de los bastimentos para la guerra contra Tenochtitlán. La historia militar de Occidente nos dice que muchos de los ejércitos sufrieron la derrota justamente por carecer de los abastecimientos necesarios para una larga campaña militar. Los cempoaltecas

les proporcionaron los alimentos necesarios durante los dos años de guerra en contra de los nahuas mexicas de la ciudad de México-Tenochtitlán. Sin este apoyo, los invasores les habría costado mucho sostener la campaña en un mundo para ellos hostil en esos momentos.

Como se puede apreciar, Hernán Cortés, sin la ayuda combinada de Malinche, Ixtlilxóchitl y Chicomecóatl, no hubiera podido mantenerse,

internarse, luchar y vencer a la poderosa Triple Alianza, además de destruir la Ciudad de México-Tenochtitlán, con escasos 550 mercenarios que llegaron en una expedición privada en la cual ellos mismos financiaron, para venir a “rescatar” oro, plata y perlas, con el permiso de la corona española por conducto del gobernador de Cuba Diego Velázquez, al que Cortés traicionó, al igual que los inversionistas que lo financiaron parte de la expedición.

Yahuiche, Oaxaca.

Verano de 2019.